

Por el acercamiento de las víctimas

MILA GARCÍA DE LA TORRE

Todos les debemos el reconocimiento del dolor sufrido por la amenaza y el desarraigo y, de entre todos, aún con más razón, los que ponen como objetivo prioritario el acercamiento al País Vasco de sus victimarios

El pasado 10 de enero la Diputación Foral de Álava hizo entrega de la Placa de Reconocimiento de Álava a la familia Velasco Vidal-Abarca, víctimas de la violencia terrorista, en reconocimiento a la defensa de los valores democráticos y lucha contra el terrorismo.

Esta familia se desplazó hasta Vitoria para participar en el acto, ya que desde las fechas posteriores al atentado de ETA contra Jesús Velasco (1980), decidieron irse del País Vasco e iniciar una nueva etapa lejos de su tierra y del que era su hogar hasta aquel momento. La familia Velasco Vidal-Abarca no es la única que ha seguido el mismo camino. En unas ocasiones por haber sufrido un atentado que ha acabado con la vida o herido a alguno de los miembros de la familia, en otras por haber recibido intimidaciones, acoso y extorsión que hacían temer por la vida y la seguridad, el resultado final es que miles de vascos se vieron forzados a irse de aquí, con el peso del trauma y el dolor en sus equipajes, e iniciar una nueva vida donde el desarraigo muchas veces ha tenido que ser vencido con la fuerza de la voluntad y el paso del tiempo. Para todas estas personas, todas estas familias, irse del País Vasco fue una experiencia no deseada, no se fueron por su voluntad sino empujados por un clima de terror e intolerancia que se ha cebado durante años en determinados vascos. No era una cuestión de suerte, los elegidos para la expulsión lo eran en función de su ideología, de sus profesiones o de su resistencia a doblegarse ante la extorsión.

El exilio, a veces voluntario y la mayoría de las ocasiones absolutamente forzoso, les privó de sus relaciones familiares (en cuántos casos los abuelos se quedaban y los hijos con los nietos pequeños se tenían que ir), también de sus amigos, de sus relaciones sociales, de vivir su país como cualquier ciudadano, de aportar a ese país que se mostraba tan indiferente con ellos, sus valores, sus ideales y su trabajo.

Pasados los años, muchos de ellos han rehecho sus vidas fuera de nuestra tierra y es difícil discernir quién desea volver porque su vida ya está construida en otro sitio o tienen dificultades laborales o de otro tipo para asentarse de nuevo en Euskadi, quien no quiere regresar porque sus hijos e hijas les atan al lugar donde han crecido y quienes podrían volver pero no se fían de que las declaraciones de ETA puedan ser un día papel mojado, ya que la banda no se ha disuelto ni ha entregado las armas.

Es muy difícil localizarlos a todos ellos y conocer su situación exacta, poderles preguntar qué es lo que les gustaría hacer, si como parece, la amenaza de la violencia terrorista ya no gravita sobre

sus vidas. La Oficina de Atención a las Víctimas del Terrorismo de Gobierno vasco sí está trabajando para reconocer esa situación y para tratar de facilitar su regreso a Euskadi, pero esta tarea es difícil porque en numerosas ocasiones la amenaza y la extorsión se han producido en el ámbito privado y no hay una constatación pública de ello. Pero lo que sí es una certeza es que los vascos que están en esta situación son muchísimos; todos conocemos algún 'caso' aunque nunca haya llegado a las rotativas de los periódicos.

Son, por lo tanto, una parte del País Vasco, de su sociedad, desgajada físicamente de su tierra, y no estaría de más que los partidarios del acercamiento de otros vascos –en este caso, presos por sus delitos– pensasen si esta diáspora a la que me refiero no es de justicia denunciarla y ponerla en evidencia, si no hay que ofrecer a todas estas familias vascas que tengan la opción de recuperar algo de lo que perdieron injustamente, si no hay que reconocerles también su calidad de miembros del pueblo vasco que con tanto sentimiento mencionan cuando hablan de los presos. Es muy cínico que exijan a la sociedad y a los políticos que comprendan el dolor de unos y no reconozcan ni siquiera la existencia de los otros.

¿Para cuándo dejan la justicia con estos exiliados forzosos? ¿Para cuándo dejan el reconocimiento y la reparación de los que se fueron por la violencia etarra? ¿No debería ser un elemento prioritario este reconocimiento en su camino hacia la democracia que dicen defender? Porque no olvidemos que todas estas personas –mil, dos mil, tres mil... qué más da cuántas, con una ya sería suficiente– fueron privadas de la libertad de vivir en su país, en su tierra. Y sea cual sea su decisión ahora, todos les debemos el reconocimiento del

dolor sufrido por la amenaza y el desarraigo y, de entre todos, aún con más razón, los que ponen como objetivo prioritario el acercamiento al País Vasco de sus victimarios.

A la izquierda abertzale le queda mucho camino que recorrer para incorporarse a la práctica democrática y el primer paso de ese largo camino debe ser el reconocimiento del daño causado por ETA y también por los que nunca condenaron sus atentados, los que fueron conniventes con la banda. Si de verdad quieren construir una convivencia entre todos, deberán empezar por reconocer a las víctimas de ETA, y entre ellas las que tuvieron que alejarse del País Vasco, víctimas vascas, que también aman y aman su tierra y trabajaban por ella, que también sufren por el alejamiento y el desarraigo. Porque se está dando la paradoja de que nos ponen como elemento fundamental de la normalización y la pacificación el regreso a Euskadi de los que causaron el daño, mientras sus víctimas siguen alejadas, desconocidas y, en definitiva, invisibles para toda la sociedad.



JOSE IBARROLA